

3. La abundancia de citas y referencias bibliográficas favorecen una ampliación y profundización en el estudio de cualquiera de los temas que se abordan.

4. La traducción castellana es correcta, esmerada y de fácil lectura. Esta claridad y corrección son de mayor mérito si se tienen en cuenta los múltiples idiomas y caracteres empleados. Puede decirse que la versión de Julián URBISTONDO es acreedora a la misma condición científica que en este caso debe otorgarse sin reparos a la obra traducida. Está a la altura del propio original de Spicq, y contribuirá sin duda a dar a las versiones españolas de obras teológicas extranjeras el carácter de trabajo intelectual exigente, propio de toda traducción fiel.

EVENCIO COFRECES

A. P. ORBÁN, *Les dénominations du monde chez les premiers auteurs chrétiens*, (Graecitas christianorum primaeva, fasc. IV), Nimega, 1970, 243 pp.

El propósito principal de la investigación realizada por A. P. Orbán estriba en analizar desde el punto de vista semántico el empleo por parte de los primeros autores cristianos de los términos κόσμος, αἶών, *mundus*, *saeculum* y derivados, así como los nuevos matices de que los revisten. Los autores sometidos a esta encuesta se extienden en el ámbito griego hasta Clemente de Alejandría, y hasta S. Cipriano en la lengua latina. Para estudiarlos en profundidad, el A. amplía su análisis, como es usual en este género de estudios, a la época clásica y a los libros sagrados.

Presenta el resultado de su investigación sobre los términos griegos en cuatro grandes apartados: κόσμος, κοσμικός, αἶών, αἰώνιος, divididos simétricamente en los siguientes epígrafes: 1) Uso y significado en la lengua profana; 2) En la traducción de los Setenta; 3) En Filón de Alejandría; 4) Nuevo Testamento; 5) Padres Apóstólicos; 6) Apologistas griegos; 7) Clemente de Alejandría. Los términos latinos, también distribuidos en cuatro apartados —*saeculum*, *saecularis*, *mundus* y *mundanus* o *mundialis*—, son estudiados en la lengua profana y en los diversos autores.

Esta somera descripción de la estructura del libro hace patente la amplitud del trabajo realizado y su interés como instrumento para una ulterior investigación teológica. En efecto, al hilo de los términos, pudiendo comprender exactamente su peculiar acepción en cada momento, comparando las diversas matizaciones para interpretar con más garantía un texto oscuro, el teólogo enriquece notablemente su labor exegética. Como, por otra parte, las palabras evolucionan al compás de su uso y de las nuevas ideas que las utilizan como vehículo de expresión, la historia filológica le sirve de auxiliar inapreciable a la hora de captar un sutil cambio ideológico. Palabra y concepto se encuentran estrechamente ligados, ya que el hombre no puede pensar sin palabras, sin con-

versación consigo mismo; la estructura lingüística influye en el esquema mental, en definitiva, en el pensamiento, y viceversa.

El A. es consciente de esta mutua interferencia entre filología y teología al afirmar en el prefacio: "C'est ainsi que l'analyse sémantique des termes en question pourra nous donner une idée de la manière dont les Chrétiens des premiers siècles ont considéré le monde". Conviene matizar esta afirmación, dado que la forma en que los cristianos han considerado el mundo no se ha expresado exclusivamente en cuatro términos, sino en proposiciones completas, en actitudes vitales, en su concepto de *paideia*, etc. Más aún, para llegar al fondo de la cuestión no basta con señalar si el uso es positivo o negativo, sino que es necesario captar el matiz del objeto a que se refieren los términos en cuestión, y las razones de fondo no siempre expresadas en su totalidad en los lugares en que aparecen. No puede negarse que esta afirmación de principio, justa, si no excede las debidas proporciones, puede ocultar una sutil tentación: realizar el análisis filológico con preocupaciones teológicas, o reducir el análisis conceptual, que normalmente excede a la palabra utilizada, al mero análisis filológico.

Vengamos a algunos detalles de su realización concreta. En bastantes ocasiones, el A. da cuenta de las veces que se utiliza un término y de los lugares en que se encuentra (p. e. *saeculum* en S. Cipriano, p. 188); sin embargo, a veces parece más preocupado por la exégesis realizada en torno a un texto que por el escueto y objetivo análisis filológico. Esta sensación se tiene, p. e., al leer su comentario a la acepción de *κόσμος* en Gal. 4, 3, donde escribe: "Si, en définitive, nous admettons en Gal. 4, 3, une certaine influence gnostique, nous devons aussi tenir pour probable que, dans ce texte, la nuance pejorative de l'expression τὰ στοιχεῖα τοῦ κόσμου ne vient pas de στοιχεῖα, mais de κόσμος. En effet, suivant la gnose, c'est, avant tout, le κόσμος qui est le grand ennemi de Dieu et de l'élément divin dans l'homme, d'où la nuance péjorative que le mot présente dans cette doctrine" (pg. 35). No puede negarse que el A. ha llegado a esta conclusión movido por motivos distintos del puro análisis lingüístico, es decir, por posiciones exegéticas no basadas únicamente en el término *στοιχεῖα*. De ahí que el párrafo venga apoyado por citas de Bultmann y Schoeps, mientras que no se realiza ningún estudio de *στοιχεῖα*, de sus acepciones y de sus relaciones con *κόσμος*. Esto puede tener como consecuencia que quien quiera utilizar sus conclusiones necesite no sólo estar de acuerdo con la encuesta realizada, sino con las posiciones exegéticas subyacentes. Conclusión que puede verse reforzada al no ofrecer el A. un índice de lugares, ni de las veces que los términos son utilizados en sentido peyorativo o positivo, ni de los objetos determinados a que están aplicados.

El A., debido quizás a su preocupación teológica, no ha presentado el estudio de las palabras dividido en casos gramaticales: piénsese, p. e., que existe un *pecado del mundo* y un Cordero que lo quita (Jn. 1, 29), que existe un *principio de este mundo* (Jn. 12, 31), o que sobre el término *κόσμος* recae la acción del verbo amar, cuyo sujeto es Dios (Jn. 3, 16), o es el sujeto pasivo del verbo salvar, cuyo sujeto agente es Cristo (Jn. 3, 17). No puede negarse que los usos negativos de estos términos están

relacionados con la palabra pecado. Pero el A., que no cita más que dos veces el término ἀμαρτία, y ninguna el verbo σῶζω, dedica una cuidada y rigurosa atención a los investigadores del fenómeno gnóstico.

Finalmente, hemos de decir que A. P. Orbán ha realizado un trabajo meritorio, proporcionando un instrumento de trabajo en el que ha unido a la encuesta terminológica una clara y personal labor exegética.

LUCAS F. MATEO

V. BLANCO y J. CAMPOS, *S. Ildefonso de Toledo: La virginidad perpetua de Santa María; El conocimiento del bautismo; el camino del desierto* (Santos Padres Españoles I) Madrid, (BAC) 1971, 436 pp. J. CAMPOS e I. ROCA, *S. Leandro, S. Fructuoso, S. Isidoro: Reglas monásticas de la España visigoda. Los tres libros de las "Sentencias"*, (Santos Padres Españoles II), Madrid (BAC), 1971, 545 pp.

La aparición simultánea de estos dos volúmenes de Santos Padres españoles puede calificarse de un suceso importante para la Patrología de área hispana. Por una parte, se ofrece a los investigadores una edición crítica y cuidada filológicamente; por otra, la correcta y agradable traducción, y su facilidad de manejo y entendimiento, llevan consigo el hacer asequible a un gran público los tesoros doctrinales y espirituales de las figuras de más relieve en la época visigoda.

Las tres obras de S. Ildefonso, editadas en el volumen primero, son de suma importancia. *La virginidad perpetua de Santa María*, tan estimada por la tradición posterior, llena de entusiasmo y devoción marianos, puede considerarse como el punto de arranque de la mariología española. Es, además, por su estilo una de las obras más importantes del latín medieval de nuestra patria. La traducción del Prof. V. Blanco ayuda a encontrar en ella el frescor de la teología naciente y del hablar cuidado. Con un amplio estudio de la historia del texto, de su difusión, de las traducciones, de su gramática y de su vocabulario, constituye la edición más perfecta, y diríamos completa, si sobre todo pensando en el gran público, no echásemos en falta una introducción doctrinal, que situase al lector, y alguna nota explicativa. Parecido juicio merecen *El conocimiento del bautismo y El camino del desierto*, traducidos por el P. Campos, quien expone las fuentes doctrinales y la transmisión del texto, pero omite una introducción doctrinal, que sitúe al lector y le haga seguir con más provecho su lectura. Piénsese, p. e., en la importancia que reviste el desarrollo del Credo.

El segundo volumen es la primera edición de los documentos del monacato español en texto bilingüe. Son un claro testimonio de la espiritualidad robusta de la época visigoda, importates para valorar la historia, e importantes también, porque la doctrina contenida en ellas es de valor permanente, como enraizada en el espíritu del Evangelio. Son notables por su concisión y acierto las introducciones, sobre todo en lo que se refiere a la determinación de fuentes, y las referencias patristicas a pie de página. Vuelve a hacerse notar la conveniencia de